

## **Presentacion de mi libro**

### *Enigmas Filosóficos y Filosofía Wittgensteiniana*

En su contribución a la presentación de la traducción al español de las *Investigaciones Filosóficas*, el Dr. Luis Villoro afirma: “Las *Investigaciones Filosóficas* han ejercido una extraordinaria fascinación sobre varias generaciones. Sin embargo, como Wittgenstein confiesa, no es un buen libro. Y no le falta razón. Paradoja: un mal libro ha sido uno de los más apreciados e influyentes de nuestro tiempo” (*Dianoia*, 1988, p. 266). Y un poco más adelante, añade: “El *Tractatus* semeja el diseño de una planta arquitectónica, las *Investigaciones* a un mapa de caminos que no llevan a ninguna parte” (*ibid.*, p. 266). Y luego, teniendo como blanco las “reflexiones descosidas de este libro zigzagueante” (*ibid.*, p. 268), Villoro deja caer su pesada crítica: “El pensamiento de las *Investigaciones* podría interpretarse, así, como una nueva forma de irracionalismo, nacida de la decepción por el trabajo de la razón cuando se ejerce separando la vida” (*ibid.*, p. 268).

Independientemente de si la última oración tiene siquiera un sentido inteligible, podemos ciertamente extraer sin temor la conclusión de que el juicio general de Villoro sobre el *magnum opus* de Wittgenstein es claramente negativo. En esto, hay que decirlo, Villoro no está solo, sino en distinguida compañía. Como es bien sabido, entre quienes más acerbamente (por no decir ‘históricamente’) se han dedicado a difamar la obra filosófica de Wittgenstein, y en particular la del segundo período, nos topamos ni más ni menos que con Karl Popper. Por ejemplo, en una famosa discusión radiada durante el invierno de 1970-71, al preguntársele su opinión sobre las *Investigaciones Filosóficas*, Popper, tratando de dar la impresión de que es una tarea pesada y desagradable inclusive hablar del libro, responde: “Si realmente se me obligara a decir a punta de pistola en qué estoy en desacuerdo con las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein, tendría que decir: ‘Ay! en nada...’. La verdad es que sólo estoy en desacuerdo con la empresa. No puedo estar en desacuerdo con nada de lo que en ellas se dice, porque no hay nada con lo que se pueda estar en desacuerdo. Pero confieso que me aburre – me aburre hasta las lágrimas” (*Modern British Philosophy*, p. 140); y casi de inmediato pasa a sostener: “¿Cómo puede estarse en desacuerdo con cosas que son tan vagas y tan triviales? Sí pienso que la posibilidad de estar en desacuerdo con lo que un escritor escribe es de importancia decisiva. Casi se le podría considerar como un criterio de si vale la pena leerlo. Si un hombre escribe solamente cosas con las que no es posible pelear y a las que uno sólo puede decir, ‘bueno – quizá, tal vez - bien - quizá - tal vez - quizá si, quizá no’, entonces me inclino a decir que una empresa de esa clase no tiene mayor sentido. Es así como veo la cuestión” (*ibid.*, p.140).

No es mi propósito discutir en detalle ni los juicios de Popper ni las opiniones de Villoro sobre las *Investigaciones Filosóficas*. Son varias las razones para

rehusarse a realizar semejante faena, siendo una de ellas el que no es éste ni el lugar ni el momento para hacerlo. La verdad es que escogí estas citas porque ejemplifican muy bien toda una corriente de pensamiento y de interpretación de la obra del genio austriaco. Por lo demás, y en lo que a Popper concierne, sabemos que en la literatura filosófica seria, esto es, en los escritos filosóficos de los cuales el exhibicionismo, las baladronadas y los desplantes quedaron expulsados (y a los cuales Popper era, bien se sabe, singularmente proclive), los comentarios y las supuestas críticas y hasta ataques personales de Popper a Wittgenstein han quedado expuestas como lo que son: el producto de incomprendiones graves, de análisis superficiales y también, hay que decirlo, de una profunda envidia, como lo pone de manifiesto la famosa “anécdota” de la confrontación personal que entre ellos tuviera lugar en el *Moral Club* de Cambridge, en 1946. A guisa de ejemplo, recomiendo la lectura del estupendo artículo de E. D. Klemke, “Popper’s Objections to Wittgenstein’s *Tractatus*”, para que se disipe toda duda que se pueda tener respecto a lo que estoy diciendo. En lo que a Villoro atañe, debo decir que no estoy seguro de que un texto tan breve como el que en la ocasión mencionada leyó refleje con toda fidelidad su pensamiento y su apreciación de las *Philosophische Untersuchungen*. En todo caso, el interés en citarlo a él y a Popper no era sino el de permitirnos establecer con relación al contenido del libro que hoy presentamos un punto importante, que es el siguiente: si algún valor filosófico o mérito exegético tiene este libro es precisamente el de mostrar que opiniones, interpretaciones y apreciaciones de las *Investigaciones Filosóficas* y, más en general, de la obra de Wittgenstein, como las de Popper y Villoro, son exactamente lo opuesto a la verdad, lo contrario de toda evaluación justa y meditada a fondo. En realidad, quisiera ir más allá y defender la tesis de que es imposible encontrar un libro de filosofía que combine el rigor, la profundidad, la originalidad y la amplitud temática que encontramos en el libro de Wittgenstein. Esta síntesis de cualidades no se explica, naturalmente, en términos de las características personales de su autor. Tienen que ver, más bien, con el proyecto de pensamiento involucrado. Por espléndidas que nos parezcan *Los Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano*, *La República* o la *Summa contra Gentiles*, lo cierto es que esos textos pretenden mejorar, pulir, enriquecer una tradición. El trabajo de los grandes pensadores es, en este sentido, acumulativo y lineal. Todo filósofo convencional aspira a refutar las posiciones de otro para poner en su lugar un producto más acabado, mejor, pero siempre de la misma naturaleza. En la filosofía tradicional se cree en el progreso. Los grandes filósofos del pasado son colegas imbuidos de un mismo espíritu, persiguen los mismos objetivos (la verdad, por ejemplo, signifique eso lo que signifique). Todos ellos están hundidos en una empresa común. Pero lo que encontramos en Wittgenstein es otra cosa, otro proyecto de pensamiento que tiene como adversario no este o aquel pensador en particular, sino la forma tradicional misma de hacer filosofía. Las *Investigaciones Filosóficas* son la expresión de una lucha por un modo de pensar novedoso, inventado por uno y practicado por tan sólo unos cuantos, contra otro que, aunque practicado por mentes brillantes y lúcidas en grado sumo, así como por la

abrumadora mayoría de los profesionales de la filosofía, se revela como obsoleto, anquilosado y retrógrada. Cabe preguntar: ¿podría un libro en el que su autor se enfrenta, las más de las veces indirecta o discretamente pero lo hace, a la totalidad de los pensadores convencionales, ser (como quiere Villoro) un “mal libro”, un mero conjunto de “reflexiones descosidas”? ¿No más bien es el caso que un juicio así sólo puede fundarse en una dramática incompreensión de lo que está en juego?

A menos de que, a la manera de la pesadilla cartesiana, estemos soñando, por no decir “delirando”, mentalmente dominados por completo por un genio maligno, el libro alrededor del cual gira el mío no es un libro inventado, constituido por temas en él ausentes pero que yo, en trance o por alucinaciones semi-diabólicas, le habría adscrito, con ánimo quizá de engañar a los lectores. Si aceptamos que la hipótesis del genio maligno, en este como en el caso de las *Méditations Métaphysiques*, es absurda, entonces tendremos que reconocer que nos las habemos con un trabajo de magnitudes intelectuales colosales. ¿Qué otro **libro** de la filosofía occidental contempla un panorama tan amplio, con implicaciones tan profundas y desconcertantes, como las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein? Si lo que está sugerido en lo que digo es acertado, entonces un libro como el que aquí presentamos está no solamente justificado, sino que no pasa de ser más que un modesto reconocimiento ante la aportación de un hombre de calibre intelectual diferente. En contra de lo afirmado por Villoro, deseo sostener que no hay paradoja que disolver en este caso.

Ocasiones solemnes como esta hay pocas, por lo que es preciso aprovecharlas. De manera que mejor pasemos a temas que son si no más divertidos por lo menos más importantes. Y, sin duda alguna, un tema interesante *per se* y, dicho sea de paso, acerca del cual admito que empiezo a modificar mi visión, es justamente el del papel, el del rol mismo de la filosofía. Hace algún tiempo, no mucho inclusive, yo me habría atrevido a presentar mi libro como un libro en el que se aspiraba a reconstruir, aunque fuera parcialmente, uno de los más grandes fraudes intelectuales de todos los tiempos. Me parece ahora que no podemos ser tan radicales y ello no porque la consistencia llevada hasta sus últimas consecuencias sea un defecto, algo que debemos rechazar, sino más bien porque dicho enfoque de alguna manera desvirtúa o no permite dar cuenta del trabajo que efectivamente se realiza en filosofía. Como parte de una explicación global, la idea de un gran fraude colectivo es ciertamente sugerente y atractiva, pero resulta casi inverosímil y sobre todo, como dije, no permite explicar satisfactoriamente la función del quehacer filosófico. Por otra parte, aunque es imposible rechazar que en los medios filosóficos pululan la corrupción, la ineptitud, la charlatanería, la falta de seriedad y demás vicios “mentales”, de todos modos es poco plausible sostener que los filósofos, y en especial los de primera línea, los grandes pensadores de todos los tiempos, no constituyen otra cosa que una caterva de gangsters intelectuales! De ahí que, si bien no debemos abandonar dicha “explicación” por completo, es claro que sí tenemos

por lo menos que matizar la idea de que hay algo esencialmente chueco o distorsionado en la filosofía tradicional. A este respecto, ahora pienso que el juicio radical es desmedido por la sencilla razón de que era **objetivamente** imposible que los practicantes de la filosofía comprendieran lo que estaban haciendo. La explicación de esto es relativamente simple: la filosofía está esencialmente ligada al lenguaje y el lenguaje prácticamente nunca fue, antes del siglo de XX, objeto de estudio sistemático por parte de los profesionales de la filosofía. Los filósofos de antaño, por lo tanto, no podían comprender cabalmente lo que estaban haciendo, inclusive si lo que estaban haciendo era interesante e importante. No es, pues, que nos estuvieran deliberadamente engañando, sino que más bien por no estar en posición de dar cuenta de su propia labor, los filósofos del pasado tenían que comprender mal su propia actividad. Esto exige una aclaración.

Me parece ahora que la filosofía es una actividad indispensable en el desarrollo o expansión de la cultura. Surgen problemas, sin embargo, cuando no es debidamente comprendida, porque al no tener claridad respecto a lo que se está haciendo cuando se hace filosofía hay mucho de esfuerzo fallido, de producto mal acabado, de búsqueda desorientada, de tiempo perdido. Téngase presente que la filosofía es una actividad intelectual que puede practicarse sólo cuando se ha alcanzado un cierto grado de desarrollo y estabilidad materiales y cuando se dispone de un cúmulo de conocimientos. Es, pues, una actividad intelectual sumamente refinada. Filosofía entre los hotentotes y los cafres no la hay y no la habrá, porque en contextos como los de esos pueblos simplemente no puede germinar y crecer. Es más bien cuando hay ya un entramado de teorías científicas, interacción entre grupos sociales más o menos diferenciados, creación y requerimientos artísticos y religiosos, desarrollos formales y tecnológicos, etc., es decir, cuando la sociedad está ya funcionando sobre bases estables y que permiten el progreso, que la filosofía hace su aparición. En esas condiciones ¿cuál es, cuál puede ser la función de una actividad que, como la filosofía, llega tan tarde al concierto de disciplinas que ya están, por así decirlo, en acción? A mí me parece intuitivamente poco convincente que pueda verse en la filosofía una investigación especial acerca de un área o de un sector nuevo de realidad, un estudio peculiar del Ser. Más que de exploración factual, la filosofía es de carácter aclaratorio: aspira a esclarecer, de manera sistemática, lo que se hace y piensa cuando se labora en las distintas áreas de investigación y creación. Ahora bien, si efectivamente la investigación filosófica es básicamente de naturaleza aclaratoria o elucidatoria, entonces no puede ser otra cosa que aclaración o elucidación conceptual. Aquí es donde nos topamos con los condicionantes objetivos para la comprensión de la filosofía que mencioné más arriba. La investigación conceptual sólo es efectuable vía el estudio de los signos en uso. Para realizar dicha investigación es, pues, condición necesaria o indispensable hacer de los sistemas de signos mismos objetos de estudio. ¿Cuál es el riesgo que se corre de no hacer lo así? El peligro, ante el cual trágicamente sucumbieron los filósofos de la era de la incompreensión, es decir, los filósofos pre-wittgensteinianos,

de antes y después de Wittgenstein, fue el de presentar sistemáticamente sus resultados bajo la forma de teorías, cuando lo que en el fondo ellos realizaban era más bien una labor de ordenación, de jerarquización, de aclaración conceptual. En Platón encarna la necesidad de aclarar el funcionamiento de términos que no son nombres propios, sólo que él habla de universales; con Aristóteles se siente la necesidad de aclarar las nociones de causa empleadas en las diversas ciencias de su época, sólo que él opta por presentar sus aclaraciones bajo la forma de una teoría de los objetos y de sus relaciones; los padres de la Iglesia nos hablan de Dios y sus maravillas, cuando en el fondo no hacen otra cosa que re-estructurar la totalidad de nuestras nociones tomando como concepto fundamental al de la divinidad y acomodando todos los demás en función de él. Racionalistas y empiristas protagonizan un formidable debate durante más de dos siglos, pero su controversia tiene que ver con qué clase de conceptos tiene prioridad en la explicación del conocimiento humano. Y así sucesivamente. Lo que los grandes filósofos del pasado hacían era importante, sólo que no entendían qué era lo que estaban haciendo y ello no porque fueran tontos, sino porque no estaban dadas las condiciones para la comprensión. El fenómeno era social, no psicológico.

En su magistral reconstrucción de las clases de Wittgenstein de los años 1930 a 1933, G. E. Moore recoge una perspicaz afirmación de Wittgenstein, en verdad un tanto curiosa y hasta chistosa, ligada a esta distinción “filosofía como teoría – filosofía como aclaración”. Parecería que la ambición de Wittgenstein era, más que destructiva, la de darle a su filosofía sus verdaderos rostro y rango, delinear bien su ámbito, especificar debidamente sus objetivos; en otras palabras, esclarecer de una vez por todas qué es lo que hace alguien que se dedica a la filosofía; acabar con las confusiones al respecto. Y en relación con esto Wittgenstein pasa a sostener que aunque lo que él estaba haciendo era diferente de lo que los grandes filósofos del pasado, como Platón, Sto. Tomás o Berkeley habían hecho, de todos modos la gente, los filósofos incluidos, sentirían que lo que él [i.e., Wittgenstein] estaba haciendo venía a ocupar precisamente el lugar de lo que ellos hacían. O sea, si se les enseñara a Descartes, a Aristóteles, a Hume o a cualquier otro de los grandes filósofos del pasado en qué consiste la investigación gramatical, esto es, la investigación filosófica a la Wittgenstein, todos ellos se habrían sentido inclinados a decir que “eso era lo que siempre habían querido hacer, sólo que no habían sabido cómo hacerlo”, así como si le demostrara alguien que hubiera estado tratando durante años de trisecar un ángulo con compás y regla que eso que estaba tratando de hacer es lógicamente imposible, esa persona admitiría posteriormente que eso imposible era precisamente lo que había estado tratando de lograr aunque, naturalmente, lo que ciertamente no quería hacer era hacer algo lógicamente absurdo. El problema es que sería sólo entonces que podría entender que lo que estaba haciendo, que era imposible de obtener y que por lo tanto no era lo que en el fondo quería.

El libro que hoy presentamos contiene tan sólo segmentos de esa gran confusión colectiva. Uno de sus objetivos es precisamente sacarla a la luz, exhibirla. Si nuestro diagnóstico general acerca de los enigmas, anteriormente llamados ‘problemas’, de la filosofía es acertado, la meta del libro se vuelve particularmente importante. No se trata ya meramente de explicar el malentendido que hasta ahora ha prevalecido, sino de evitar que se perpetúe. Podemos aceptar la paradoja de hacer (como Platón) filosofía de calidad suprema y, no obstante, no comprender o aprehender del todo en qué consiste la investigación filosófica que se realiza. Pero lo que vale para Platón y en general para todos los filósofos pre-wittgensteinianos (usando esta vez la partícula ‘pre’ de manera temporal), ciertamente ya no vale para los post-wittgensteinianos (o, para ser más exactos, los pre-post-wittgensteinianos). Una vez hecha la denuncia, ya no se tiene el derecho a seguir adelante como si no hubiera habido tal denuncia. A los opositores del wittgensteinianismo no les queda, por consiguiente, más que enfrentar a Wittgenstein y tratar de refutarlo (cosa de la que, hasta donde yo se, nadie hasta ahora se ha jactado) o, en el peor de los casos, de intentar a toda costa asimilarlo a la gran tradición, proyecto éste sin perspectiva o futuro. Queda desde luego la opción de reconocer públicamente que la honestidad intelectual no es una de los valores de los “buscadores de la verdad” y que éstos seguirán haciendo lo que les plazca, entre otras razones porque para eso le pagan, por más que gracias a la labor de Wittgenstein sea ya público y notorio que su investigación no tiene mayor sentido. Dudo mucho, sin embargo, que a los post-pre-wittgensteinianos les preocupe mucho el seguir haciendo algo cuya razón de ser les fue ya arrebatada.